

Carlos Pardo
LEJOS DE KAKANIA

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2019
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: N. M.

Proyecto realizado con la Beca Leonardo a Investigadores
y Creadores Culturales 2016 de la Fundación BBVA.

Fundación
BBVA

© Carlos Pardo, 2019
© de esta edición, Editorial Periférica, 2019
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-93-9
DEPÓSITO LEGAL: CC-292-2019
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total
o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Para Julián Rodríguez,
por regalarnos tu amistad y tu sabiduría.*

Esto es una obra de ficción. No obstante, el autor ha modificado algunos nombres por respeto a quien no querría reconocerse en la impudicia de un personaje literario.

*... dice a su juventud, a su divino
tesoro dícele: sólo espero
que pases para servirme de ti.*

CARLOS MARTÍNEZ RIVAS

*Amistades de las que hay
que respetar las cenizas.*

JOUBERT

*... siempre llego demasiado tarde
a mí misma.*

JUDITH BUTLER

PRÓLOGO

LA EXTREMADA BONDAD DE LOS POETAS

Anoche hubo tormenta eléctrica. Pongamos que estoy en el año 2006, aunque puede ser 2005 o 2007, a finales de agosto, en la línea 1 de metro después de haber dormido en casa de mi madre. En el patio no llovió, pero escuchamos truenos. ¡Dale, ahí va otro!, repetía mamá.

–A mí me viene mejor salir temprano de aquí para coger el tren en Chamartín. MJ se queda en Madrid, pintando –dije, pero no era verdad.

Es decir, he madrugado porque el tren sale a las nueve menos cinco, pero de Atocha, no de Chamartín. Es la primera vez que Virgilio me deja ir a su pueblo, y éste es el motivo de que haya discutido con MJ.

Si racionalizo con unas palabras en las que no me reconozco (y que, no obstante, son exactamente las que definen el problema), la situación es muy sencilla. Me he aburrido de mi amigo. Y necesito aclarar:

- a) Si es mi culpa.
- b) Si es una pérdida importante o un inevitable cambio de vida.
- c) Si de verdad es aburrimiento.
- d) Cómo superar el dolor.

Virgilio y yo mantenemos una nueva distancia antinatural. Está a la defensiva, pero asustado de estar a la defensiva; y yo a la expectativa y temeroso de estarlo. De ahí los silencios. También hemos perdido la capacidad de bromear en términos comunes.

Vive a cien metros de la casa de sus padres. Después de mucho insistirle he conseguido que me invite, pero a mí solo, y MJ no puede creer que Virgilio sea, además de machista, tan traidor a nuestra amistad, porque invitarme solo supone negar una parte de mi vida, que es ella. Además, siempre parece que él cede un paso y ahí estoy yo como un idiota para ayudarlo. También yo soy un traidor por viajar sin ella.

Pero el resentimiento de MJ es más general: le aburre nuestra vida. Ayer sólo dijo tres frases: «No sé con qué dinero vamos a arreglar el calentador», «Desde luego tenemos gustos diferentes». Y, la última, antes de que me escapara a casa de mi madre: «Me amargan tus horarios».

Mis horarios: diez horas al día, dos semanas seguidas sin un domingo de descanso. Luego tres días libres en los que leo y estudio las asignaturas que he dejado para septiembre (volví a matricularme). Estoy a punto de terminar mi libro de poemas.

Así que después de una siesta traumática junto a la respiración distendida de MJ, y luego su silencio, me fui a Las Vistillas, donde las parejas siguen tumbándose a cualquier hora, y yo también me tumbé, con un libro, temiendo una sórdida discusión si regresaba a casa. En la sierra, al fondo, seguía la calima.

Pero no abrí el libro, intranquilo, como si me hubieran defecado en la cabeza, dice Bernhard en *Maestros antiguos* (y ahora lo intento con *Corrección*), y pienso que hay un motivo añadido al asunto Virgilio y la tensión doméstica

con MJ, un matiz de asco respecto a mi propia vida, ahora que he dejado de ser un poeta desconocido y han empezado a invitarme a lecturas en pequeñas ciudades de provincia (con la consiguiente burla de MJ).

Anoche mamá veía una serie de detectives sin dejar de adivinar la trama de un capítulo que, por lo demás, ya habíamos visto juntos. Cenamos en el salón una especie de butifarra que había en la nevera. Luego saqué de la cómoda varios cuadernos de mis diarios. Los guardo dentro de una bolsa de gamuza de unas desaparecidas botas de mi madre. Mamá me interrumpía la lectura:

–¿Por qué vas a casa de ese capullo?

–Ha vivido en Valencia y ahora ha tenido que volver a su pueblo.

–Ése se ha echado novia y ya no quiere saber nada de nosotros.

–El pobre está sin trabajo y sin novia.

–Dile que es un traidor.

–Ay, mamá.

–Estoy muy decepcionada.

En mi habitación seguí leyendo los diarios hasta las tres de la mañana. Apenas he dormido con los truenos. Y he leído en el desayuno. Mamá tiene la misma cafetera rota de la que escribo.

El diario está lleno de observaciones de ese tipo. Ahora he perdido la capacidad de observación. Aplico mi inteligencia a un montón de saberes inútiles que no dejan resquicio. En un blog que sigo, el otro día, se formaron dos bandos. Para uno la realidad no existe; para el otro, la realidad tampoco existe pero, si te lanzan un cuchillo, te apartas. Más de doscientos mensajes en los que todos hemos opinado sobre lo óntico y lo ontológico. Y a MJ le decepciona que pase tantas horas de mi última semana de

vacaciones delante del ordenador. Nunca salimos juntos. No vamos a la sierra donde, de todas maneras, hace demasiado calor para caminar.

Pero también discutimos cuando paseamos juntos: en Roma, durante el corto viaje de la semana pasada. Por cualquier tontería, aunque luego nos reconciliábamos. Cada vez estamos más solos, solos los dos juntos y sola ella cuando llega del trabajo o descansa los fines de semana y yo aún sigo en la librería. Y también sola ahora que la dejo en Madrid, nuestra última semana de vacaciones, acudiendo al rescate de mi amigo Virgilio, que no la ha invitado a ella pero yo sé que ni siquiera tenía ganas de invitarme a mí.

Además del libro de Bernhard, llevo tres cuadernos de diarios en la mochila. El tren llega a Cerrillo pasadas las tres y media. Hago cola delante de unos actores y dos probables andaluzas con botas camperas.

Subo al tren a las nueve menos cinco.